
Consultar con la Almohada

Vicente Riva Palacio

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 5446

Título: Consultar con la Almohada

Autor: Vicente Riva Palacio

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 29 de octubre de 2020

Fecha de modificación: 29 de octubre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Consultar con la Almohada

Tradición mexicana

Allá por los años de gracia de 1651 y 52 andaban en la península yucateca muy revueltas y confusas las cosas públicas y aun las particulares.

Peleaban y pleiteaban los frailes con los obispos, los obispos con los gobernadores, los gobernadores con los encomenderos, los encomenderos con los indios, y los indios, no teniendo muchas veces con quien pelear, y no contentos con pelear entre sí, volvían a dar principio a la tanda, emprendiéndola a su vez con los frailes; dejábanles hasta la fe del bautismo y sin decir ahí quedan las llaves, se iban a los montes volviendo allí a sus antiguas creencias, y reconociendo a sus antiguos dioses, que si no eran tan buenos como el de los españoles, en cambio no les habían dado tan malos ratos.

Entre tanto, el «hambre» se daba gusto; andaba el maíz por los cielos, lo que más era volar, que andar. Los hombres, las mujeres y los niños salían a los caminos a pedir limosna, y allí se encontraban con que había muchos que a ellos se la pidieran, y no pocos morían de necesidad y de miseria en las encrucijadas y a la entrada de los pueblos, gastándose los ayuntamientos en dar sepultura a aquellos cuerpos más de lo que, invertido en maíz, hubiera bastado para conservarles la vida; que así es, por lo común, la beneficencia oficial en todas partes.

En aquellos pueblos, los vecinos, que con sólo serlo ya se supone cuan afectos serían a las murmuraciones, murmuraban diciendo que el gobernador y los criados del

gobernador y los amigos y los favoritos del gobernador monopolizaban los víveres para especular con la miseria pública, lo que no pusieron en duda respetables cronistas de aquellos tiempos; pero no estuvo lo grave sólo en que los cronistas fuesen tan crédulos, sino en que aquella creencia se extendiera por el pueblo; porque, debido sin duda a eso, la mejor mañana, o la peor, amaneció acribillado a puñaladas en su lecho el conde de Peñalva, que gobernaba entonces la hambrienta península, con el carácter de capitán general.

Inquirieron los jueces, urgió la Audiencia, indignóse el virrey, y hasta se dio por deservido el monarca español; pero como si nada pasase, así se supo del asesino como de la primera camisa que en su vida se había puesto el conde. No más que sus parciales quisieron hacer creer al pueblo que aquella muerte era un drama de corazón y que faldas había de por medio; pero el vulgo escuchaba la historia y seguía sosteniendo que era cuestión de estómago, y así se ahondó más el abismo que dividía a los poetas y a los cocineros.

Será ello lo que fuere, es el caso que el 19 de noviembre de 1562 tomó posesión del gobierno de Yucatán, vacante por la muerte del conde de Peñalva, don Martín de Robles y Villafaña, caballero de la Orden de Santiago, y dignísimo protagonista de esta verídica, aunque breve y mal zurcida narración.

Puso apenas don Martín los pies en el palacio, que aquello fue como alborotar un avispero; llovíanle por todos lados quejas, memoriales, denuncias, recomendaciones, empeños, solicitudes, anónimos y adulaciones, y apenas si tenía tiempo para recibir, con lo que no le quedaba tiempo para dar.

Pero, como todo gobernante nuevo, don Martín pretendía entender y disponer en todo, sucediéndole también lo que en casos semejantes acontece siempre: que los gobernantes nuevos son como pucheros nuevos, que cuanto guisan sabe a nuevo; es decir, que el sabor no es el que debiera ser, y necesitan envejecerse echando a perder; que acertadamente

dijeron nuestros abuelos que echando a perder se aprende, y que no es jinete el que no cae.

Entre las quejas que don Martín de Robles había recibido, contábase, como la no menos grave, una larga y bien fundada de los vecinos de Valladolid, contra su alcalde Miguel Moreno de Andrade.

Era ese Miguel Moreno un mulato, hombre de tan buena suerte como de malos antecedentes, que se había enriquecido en el desempeño de algunos empleos, dejando bien empeñada la Real Hacienda; cierto es que aquello no era una novedad que atribuirse pudiera a privilegiado descubrimiento, ni tampoco secreto que alcanzara llevarse a la tumba el alcalde de Valladolid.

La provisión de la encomienda vacante de Chemax, que muchos pretendían y que sólo en uno proveyó, como era natural, el alcalde Moreno, causa dio a la queja de los desairados solicitantes, y materia para graves y detenidas reflexiones al gobernador don Martín de Robles y Villafaña.

Propicia ocasión presentóle aquel negocio para hacer alarde de actividad y de energía; y como don Martín no ignoraba que la ocasión es calva, y que, según reza el refrán, sólo por los cabellos puede asirse, determinó ir a Valladolid para hacer allí personalmente un ruidoso y nunca oído escarmiento con el alcalde Moreno de Andrade.

Dicho y hecho: el día menos pensado, los quejosos vecinos de Valladolid vieron llegar en la tardecita al señor gobernador, seguido de un lucido y numeroso acompañamiento.

Y aquellos fueron comentarios y suposiciones, y esperanzas y temores; y como ya todos, más o menos, tenían sospechas del objeto de aquella visita y conocían las pulgas que gastaba su señoría, amigos y enemigos del alcalde se figuraban ya al mulato campaneando en la horca, a reserva

de lo que dispusiese Su Majestad.

El alcalde era el único que ni sudaba ni se acongojaba; porque hombre era de mundo y, por su fortuna, bien conocía el pie de que cojeaba el señor gobernador, no porque don Matías fuera cojo, sino porque todos los hombres cojean, pero de un pie, con el que nada tienen que ver los zapateros, sino los prójimos en general, y algunas veces la justicia en lo particular.

El alcalde había preparado para alojamiento de don Martín una lujosa habitación. Allí el gobernador recibió a los vecinos que en tropel llegaron a darle la bienvenida, procurando obsequiarle por cuantos medios le sugería el deseo de obtener alguna gracia, o el empeño de alcanzar la destitución del alcalde.

Don Martín con semblante halagüeño, recibía todos los obsequios y alentaba todas las esperanzas, y sólo de cuando en cuando, a hurtadillas, lanzaba siniestras miradas al alcalde, como diciendo:

—Ya verás; ya verás cómo te siento las costuras.

Avanzó la noche y llegó la hora de retirarse; despidiéronse satisfechos y alentados los vecinos que hasta la postre habían acompañado al gobernador, porque el alcalde Moreno, largo rato hacía que en su casa estaba durmiendo tranquilamente, y el buen don Martín, encontrándose libre de visitas y cumplidos, dejando de ser gobernador para convertirse en un simple mortal, se encerró en su alcoba, con tanto sueño como ganas de dormir.

Desnudóse tranquilamente, rezando al mismo tiempo sus oraciones cotidianas; metióse bajo las sábanas, y al reclinar la cabeza sobre la almohada, sintió que ésta tenía la dureza del pedernal. Era un tronco de árbol, un saco relleno de guijarros un mal pulido cilindro de granito.

Levantóse mohíno, y sin más averiguaciones, sacudió

violentamente la campanilla de plata que en una mesa y al lado de la cama había, e inmediatamente apareció en la habitación uno de los criados del alcalde.

—¿Qué demonios de almohadas usáis en esta tierra, que más parecen destinadas para martirio que para descanso de un cristiano?

—Señor —contestó el criado—, mi amo ha traído personalmente esas almohadas para su señoría: él mismo las ha colocado en la cama, encargándome decir a su señoría que le deseaba una noche muy feliz, y que mañana temprano pasará a besarle las manos.

—Retírate —dijo con enfado el gobernador.

Y al encontrarse solo, púsose a examinar aquella almohada, pensando:

—¿Si será una burla que me ha querido jugar este mulato? Ya verá lo que se encuentra conmigo.

Y seguía palpando la almohada. Poco a poco el ceño fue desapareciendo del rostro del buen don Martín. Aquellas almohadas, ni tan duras eran, ni tan incómodas como al principio le parecieron, ni dentro de ellas había guijarros o trozos de roca; sencillamente eran unos sacos henchidos de pesos fuertes de buena plata y mejor cuño, y que contenían una suma muy respetable.

No se sabe cómo se las compuso don Martín: los lacayos contaron que lo habían oído roncar toda la noche muy tranquilo, y a la mañana siguiente no se levantó al mismo tiempo que el claro sol o las parleras aves.

Cuando el alcalde Moreno vino a dar los buenos días a su señoría el señor gobernador, recibióle éste con mucho cariño, y olvidándose sin duda del objeto que le había llevado a Valladolid, tornóse a Mérida, sin hablar palabra de la destitución del alcalde, ni de las quejas que contra él habían

dado los vecinos.

Entre las muchas cosas que ignoro, cuento no saber si don Martín de Robles y Villafaña, caballero del hábito de Santiago y gobernador de Yucatán, inventó aquello de que todo negocio grave consultar se debe antes con la almohada, o si ya lo encontró inventado y no hizo más que aplicarlo. Yo cuento lo que dicen los cronistas de aquellos tiempos.

Vicente Riva Palacio



Vicente Florencio Carlos Riva Palacio Guerrero (Ciudad de México; 16 de octubre de 1832 - Madrid, España; 22 de noviembre de 1896) fue un político, militar, jurista y escritor mexicano.

Periodista exitoso con una señalada y personal actitud crítica y satírica; misma que quedara marcada en periódicos como La Orquesta y El Ahuizote; Riva Palacio participa como un

activo literato mexicano en los tiempos de entre guerras.

El género que más le sonrío siempre en popularidad es la novela. Realiza la mayoría de su obra novelesca entre 1868 y 1870. Tuvo a su disposición la mayoría de los archivos de la Santa Inquisición, lo que le brinda una grandísima cantidad de información que plasma en sus novelas de tema colonial. Sólo una de sus novelas (Calvario y Tabor) es de toque militar.

Junto con Juan A. Mateos coescribe zarzuelas y sketches teatrales satirizando la política mexicana. En 1870, junto con Juan A. Mateos, Rafael Martínez de la Torre y Manuel Payno publica El libro rojo, un breviario de la violencia dentro de la historia nacional mexicana. Junto con Juan de Dios Peza narra leyendas en verso en Tradiciones y leyendas mexicanas (1917) y crean a la imaginaria poetisa romántica Rosa Espino para publicar Flores del alma (1888), junto con el editor Santiago Ballezá, la obra México a través de los siglos, trabajo enciclopédico; encargándose él mismo de escribir el segundo tomo, dedicado a la Colonia. En su obra Los Ceros critica y polemiza a la clase política mexicana, lo que lo identifica como un personaje virulento para el régimen porfirista. Cuentos del General (que apareciera póstumamente en Madrid en el año de su muerte), es una colección de veintiséis relatos que presentan características comunes: brevedad en el título, la acción y la descripción de los personajes. Por su obra literaria, fue designado miembro correspondiente de la Real Academia Española.